

Prólogo

Todos sabemos que se leen pocos libros, cada vez menos. Y que de los pocos libros que se leen, el Prólogo no se lo lee casi nadie. Pero mi amigo Luis Miguel Díaz me pide que, por favor (y sin que sirva de precedente), le prologue este libro en el que se ha entretenido unos años y en el que tiene puestas, como es lógico y habrá de verse, sus más optimistas pretensiones. Y yo no dudo en complacerle. Así es que aquí va este Prólogo que llega con el objetivo, simplemente, de abrirle la puerta al libro que acaba de llamar a nuestras manos.

El gran sabio y humanista Gregorio Marañón y Posadillo, llegó a escribir tantos prólogos que, cuando años después de su muerte mi paisano Alfredo Juderías se lió a editar las Obras Completas del médico madrileño, tuvo que reservar un tomo entero (unas mil páginas) para recogerlos todos. Con Marañón nacía, pues, el género prólogo como una de las vertientes contundentes y nítidas de la Literatura. A propósito de lo cual, el maestro de sabios decía que sólo le interesaban los prólogos como oportunidades para escribir, poco, sobre algún tema que no dominaba. Y, en todo caso, nunca haciendo el resumen del libro, ni el panegírico del autor, sino aportando su visión al tema. Su visión personal.

Y esto es lo que pienso hacer en las líneas que siguen. No hablar de Luis Miguel, el autor, al que seguro conoce cualquiera que se disponga a leer este tomo. Ni en resumir el contenido de la obra, porque sería destriparla, y la verdad es que merece que se lea, de punta a cabo, sin perder página, ni línea, porque en todas hay algo bueno. Tampoco, en fin, pienso hacer la crítica del proceso, aunque sí debo advertir que este se sale –como en otros anteriores libros firmado por Díaz– de la prefijada línea de las novelas, de los poemarios o incluso de las guías de turismo. Este es, por definirlo de alguna manera, un libro de viajes, en el que los personajes se van formando, delimitando, encontrando mutuamente, y acabándose, sobre los caminos reales de un entorno lleno de magnetismo y fuerza: sobre los pelados horizontes de la Serranía del Ducado, entre Soria y Guadalajara, a la usanza vieja de quienes caminaban tres o cuatro leguas al día, como por entretenimiento, asombrándose de cuanto ven.

En este sentido, quizás mi visión, apasionada siempre, de viajero por Guadalajara y sus pueblos, me lleva a interesarme, capítulo tras capítulo, más por las cosas que ven que por las cosas que les pasan a los protagonistas. Estos son muy singulares, productos de la imaginación, aunque con referencias reales o literarias bien definidas: Quintín Elvigoraco, o Q. a secas, es una ficción que cobra volumen, melodía, aliento real y con fuerza: es el personaje que ya creó Luis Miguel Díaz en su anterior novela, y que vuelve con aventuras y perfiles nuevos. Le secundan sus adláteres, Rita su hermana, Víctor su empleado, más la Sonrisa Hiriente de Carlota y el procaz Peloescembro, a los que aquí se añaden el poeta turbado que es Gustavo Franco, el médico holístico Stanislav Svidrigailov, el mago de Maranchón señor Granzel y una leyenda literaria que a todos mueve y empuja por los caminos: el moro Abengalbón, el Cid Campeador y su primo Alvar Fáñez de Minaya.

En Medinaceli y Sigüenza centran sus humos estos personajes y sus andanzas. En la empinada villa del Alto Jalón comienza y acaba el viaje que va a recorrer por etapas unos caminos que en mayo están verdes de trigos que se salen y unos arroyos que suenan. A campo través van hasta Barbatona (a pinar través, mejor dicho) y de allí a Jodra donde ven su románica iglesia; y a Estriégana, para acabar en Alcolea visitando todo lo visitable, y, por supuesto, la Casita de Piedra, de la que los viajeros dan una cumplidísima descripción y una vivencia muy cordial. Pasan luego por Garbajosa, por Aguilar de Anguita y se pierden un poco por el empeño pétreo y solemne de Anguita. Para ascender luego el curso del Tajuña llegando a Luzón (en el que el autor recuerda al cronista Layna, allí nacido en 1893) y pasando de allí a Maranchón, donde suceden cosas de larga memoración. Bajando finalmente, a través del Campo Taranz, que al Cid sirvió de atalaya de su viaje, hacia Medinaceli por Layna, Urex, Arbujuelo y las Salinas de Medinaceli.

Todo ello, este viaje, va dicho con un lenguaje de difícil clasificación. Por ratos parece salido de un libro antiguo y dorado, pero a trechos se transforma en gracioso, sorprendente, redicho y cordial, dialogante y ameno, estupefaciente. Aunque Quintín no deja de hacer quintinadas en toda la novela, parece que es él mismo quien ha escrito el libro, porque "Quintín es una carcajada entre la densidad del entorno y la suya propia",

llega a decirnos el autor en algún sitio. Es este viaje, que va más allá de la simple guía, el que nos incita a repetirlo. Y a buscar entre los trigos altos, los pinares densos y los breves sabinares que bate el viento, la emoción de aquella leyenda que dice cómo el moro Abengalbón, rey de la taifa de Molina, saludó al capitán Alvar Fáñez con un beso en el hombro, signo evidente de la amistad y el concierto.

Por eso, y porque el lector estará ya deseando entrar en harina, dejo aquí mis palabras, mejor o peor cortadas, y doy paso al autor, que va a sorprendernos.

Antonio Herrera Casado

Cronista Provincial de Guadalajara